

El cuento ése de la patria

Andrés Jorge

EL PATIO DE MI CASA, YA LO SABEN TODOS, ES MUY PARTICULAR, PERO MUCHO más lo es el traspatio, la traspatria de la que hablamos aún discretamente, convencidos de que no vale la pena contar a extraños historias tan difícilmente creíbles, medio absurdas. Me veo forzado a incluir una certificación de que la fábula íntimamente nacional que aquí narro se inscribe dentro del más puro realismo: personajes típicos en circunstancias típicas. Realismo sin apellidos. Si no uso el arquetipo estilo Borges de que escuché la historia a Fulano, quien a su vez la oyó de Ciclanejo, es porque es mi historia. La coincidencia con situaciones o personajes reales es... inevitable.

El asunto es el siguiente: hace unos años un amigo y yo conocimos no muy accidentalmente a dos jóvenes alemanas en un hotel. Durante dos días anduvimos juntos (mi amigo mucho más que yo, después explico por qué) y cuando las germanas Mann se marcharon finalmente del hotel y del país, esgarrando un adiós en su tupido idioma y arrastrando unos vestidos largos fuera de lugar que no se habían quitado en toda la tropical jornada, los isleños fuimos interpelados por uno de esos agentes de la Seguridad del Estado —llamados héroes anónimos de la patria por los medios nacionales—, quien de forma individual nos hizo saber que estábamos haciendo algo políticamente incorrecto, para usar un término de moda («*political correctness*», EE UU, 80's) al establecer ese tipo de relaciones o cualquiera con extranjeros; pero, toda vez que ya el hecho no tenía solución y, en consideración a ciertas circunstancias relacionadas con el constante asedio de los enemigos de la Patria, era posible revertir el mal hacia la posición opuesta: si las alemanas querían mantener de alguna forma la relación establecida, fuese cual fuera ésta, correspondencia, por ejemplo (como en efecto habíamos acordado sin mucho entusiasmo de mi parte), podíamos hacerle llegar al combatiente¹ que nos entrevistaba el contenido de tales misivas.

Ambos, según corroboré más tarde, expresamos en ese momento nuestra mejor disposición a entregar los documentos, que según la perspectiva de un especialista, podían siempre estar vinculados a manipulaciones del imperialismo.

¹ La palabra «chivatiente», de uso común en el argot popular cubano unos años atrás, que sería aquí el término más preciso, además de matices irreverentes, tiene un contenido demasiado local, y en el presente texto estoy apostando por un público más internacional.

Pero yo no entregué ninguna carta, ni mi amigo, al menos que yo sepa. La realidad es que nunca pensé que la te(u)tona amiga mía fuera a tomarse muy en serio una amistad de dos días, en la que además no hubo otra cosa.

El caso de mi amigo y su correspondiente te(u)tona (no tanto, era hija de un sueco) tomó poco a poco un camino diferente, pero yo no había logrado interesarme demasiado por la relación, ni le veía mucho fundamento a mantener la comunicación con la *frau*, así que dejé su segunda carta en un latón de basura, sin contestar, igual que la primera. Mi amiga estaba interesada en cosas y gente que a mí ya no me motivaban tanto; en el Che Guevara, por ejemplo, en el hombre nuevo y la revolución latinoamericana. Si exceptuábamos al primero, yo no había oído en mi corta vida a ningún ser humano común y corriente hablar en serio de semejantes cosas. Descubrí, por último, ya más alerta en el cuidado de la Patria, que había alguna tendencia de propósitos poco confiables en la insistencia en hablar del Che Guevara como de un pésimo economista.

En fin, la mujer no me atraía en ningún sentido. Si exceptuábamos su mirada, tenía un aspecto miserable y sucio, y desde el punto de vista intelectual me resultaba anodina, así que me olvidé rápidamente del asunto.

Pero no los ojos insomnes de la Patria.

El agente apareció tres veces más, inquisitivo. Negué la existencia de cartas. En la última ocasión me dijo: «Pensábamos que se podía confiar en ti». Después, por alguna razón, durante bastante tiempo de mi vida he tenido el privilegio de la presencia de esa imagen corporeizada de mi ángel de la guarda, pero digamos que eso no tiene que ver directamente con *esta* historia.

En el caso de mi amigo el romance se prolonga en tiempo y espacio y va a dar hasta Alemania Federal. Hay un idilio matizado por varias visitas de la europea y el divorcio del cubano. El giro que tomaría esta relación, que había comenzado con «vamos al Hotel a templarnos a unas alemanas» resultó impredecible para mí. Pero también la actitud de mi amigo: me habló cierta vez de una confrontación con el combatiente con motivo de la entrega de las cartas, tal cosa era una violación de su intimidad y asumía un cambio de posición al respecto: no tenía que entregarle nada a nadie. Yo realmente no había pensado en esos términos, el argumento de «la Patria primero» me parecía incontestable en esos tiempos, pero tampoco había nada de íntimo en mi caso y en última instancia me resultaba una idea bastante peregrina eso de enfrentarse nada menos que a la (in)Seguridad del Estado.

Yo no podía creer entonces que se hubiese enamorado, después tampoco; pero el amor es... el amor, se presta a todo tipo de juegos e interpretaciones. Mi amigo y yo no volvimos a hablar del tema, cambió de trabajo y nos habíamos alejado ya lo suficiente como para no despedirnos cuando salió de Cuba. En realidad nunca habíamos sido grandes amigos.

Hasta aquí llegan los elementos más o menos esenciales de la historia, no sé qué tan interesantes sean en realidad, lo importante para mí son las posibilidades especulativas que se abren al analizar desde diferentes perspectivas los elementos que la conforman y añadir algunas visiones periféricas a los hechos.

Primero tendría que aclarar que mi amigo era (es, a no ser que hoy tenga el dinero y la nevada obsesión de Michael Jackson... o que en realidad haya muerto) lo que en mi país se llamaría un negro prieto (azul), *black as the night is black, dark as the depths of his Africa*, diría Langston Hughes. Esto añade una perspectiva racial (que según pienso yo es la de menor importancia) al tema amoroso.

Todos conocíamos a la esposa cubana de mi amigo, era la clásica mulata *fina*, azúcar refinada, que sumaba a su belleza un filoso sentido del humor y un ostensible orgullo de su raza, o de su mezcla. Cuando algunos la importunábamos sobre el hecho de su divorcio, decía riéndose: «Eso me pasa por casarme con un negro, estaba advertida». No mostró sus pesares a nadie cercano y siguió sola criando a sus dos hijos pequeños sin perder una sonrisa aquiescente y la agilidad de expresión.

Coincidimos cierta vez en un almuerzo.

— ¿Qué sabes de... Chicho? —le pregunté con cubana discreción.

— Está cumpliendo una misión internacionalista —me dijo. La ironía en su rostro era la misma de siempre y yo no pude descifrar seriedad, burla o, en última instancia, rencor.

Pero sí podía acomodar esta visión a otros argumentos.

Hay por lo menos una decena de interpretaciones de los que han estado más o menos enterados de la historia, que van como ya he dicho desde el análisis racista hasta especulaciones desmedidas sobre el posible papel de mi notan-amigo en arcanos manejos de la Patria.

La variante racial. Ya he hablado de la negritud del personaje. En las desgarradas tierras latinoamericanas aún persiste, por muchas razones, ese sueño eurocentrado y rubicundo al que en nuestro caso específico una exacerbada insularidad añade tonos dramáticos: muchísimos quisieran, como mi amigo, vivir un romance mediterráneo, incluso eslavo, escandinavo, aunque para ello, en la gran mayoría de los casos, haya que soportar ciertos olores, axilas pobladas (tan ingratas al gusto de nuestras tierras), piel lechosa, en fin, toda una degradación erótica verdaderamente abominable para los estándares nacionales y que sólo asumiríamos en este tipo de idilios internacionales y en honor a la vieja Europa, que conociera el rapto inmemorial del toro y «ese Marr Mediterráneo, crrrisol de todas nuestrrras culturrras» según Alejo Carpentier, que nos sigue llamando como un verdadero *mare nostrum*, de todos. Eso, para no ahondar en la fuerza centrífuga de nuestra isla y la capacidad que tiene hoy de dispersar por el mundo a sus pobladores.

Ese sueño está permeado en el caso que nos ocupa por una relación interracial, donde no hay tonos de café con leche. Resulta evidente que ciertos mitos occidentales y modernos de una raza y la otra, al margen de otros intereses por la parte tercermundista, han acudido en apoyo del idilio, el color de la piel ha tenido repercusiones nada desestimables. Muchos creyeron que los *skinheads* harían pagar caro al intruso su atrevimiento y el oscuro anhelo de tocar el sol, mi ex amigo no era exactamente el moro de Venecia y no podría esconder su ancestral africanidad, sin embargo, para desaire de quienes por

alguna razón previeron un descalabro futuro, las cosas fueron bien durante bastante tiempo; en contra de la mayoría de los pronósticos (y en favor de algunos más suspicaces) volvió más de una vez a Cuba, aunque se mantuvo a cierta distancia de sus antiguas amistades y siempre habló feliz de su vida conyugal, demasiado feliz, diría yo, para alguien que había sido hasta entonces poco dado a la fidelidad y a creerse lo del amor.

El aspecto intelectual. Mi antiguo compañero de estudios había sido un alumno brillante en la carrera, tenía un absoluto manejo de los idiomas y voluntad de saber por saber. A los veintiséis años dominaba perfectamente, además del español, el inglés, el francés y el alemán y dedicaba mucho más tiempo que todos nosotros a su formación políglota; sabía manejar las horas entre el bar, el romance y su horario de trabajo cuando los demás hacíamos demasiado hincapié en los dos primeros renglones. Tal interés afloraría en esta relación: le confesó a alguien que lo que más le atraía de su amante te(u)tona era su volumen intelectual. A falta de pan, cazabe, porque la que sí tenía unos volúmenes apreciables y mejor, mucho mejor distribuidos, era y es la mulata que dejó allá para colirio de los nacionales. De pronto cambió su interés por la lengua en sí (era profesor de lingüística comparada) para volcarse en profundidad al estudio de la literatura alemana. En los dos años que duró su relación transoceánica, ella le enviaba o traía libros en alemán de autores contemporáneos, que él leía y exhibía un poco, por motivos amorosos suponíamos. Entonces nunca se me ocurrió preguntarle si el agente no le había pedido los libros del peligroso Max Weber.² Aunque ya alguno que otro entre nuestro círculo más o menos allegado desconfiara de él y los motivos que lo habían convertido de la noche a la mañana en un «negro germanófilo», lector de Nietzsche, yo vivía demasiado centrado en mi propia búsqueda intelectual para preocuparme mucho por el romance y había descubierto antes a Yeats, De Quincey, Sterne y Swift, entre otros, sin necesidad de tener delante de mí a *Lady Chatterley*. Además, siempre preferí ignorar la posibilidad de que alguien fuese algo más de lo que yo mismo veía, en ciertas circunstancias se puede llegar a considerar con desconfianza la actitud de entre el ochenta y el ochenta y cinco por ciento de los que te rodean, a pesar de que haya relaciones imprescindibles en nuestra vida.³

En lo particular dejé con el tiempo de interesarme por nuestro amigo, escuchaba de vez en cuando la evolución de su romance, de su viaje de ida a Alemania y alguna que otra aparición por el ámbito. Hasta que un día, en una larga conversación de fin de mes, en Rumayor, un bar ideal para las tiradas

² Es en realidad muy difícil de creer que un agente de la Seguridad del Estado cubana, ni siquiera en las versiones televisivas de moda entonces, supiera de la existencia de alguien con ese nombre. Y en cuanto a «niche» (más adelante) en Cuba es un vulgarismo por negro. La única diferencia peligrosa era que esos libros se enviaban de Alemania... Federal, además.

³ Ver 1984, de G. Orwell sobre el tema. También *El caso Oppenheimer*, de no sé quién, un dramaturgo.

largas de cerveza, escuché la historia de que lo habían matado. Bueno, en realidad no había ninguna historia, nadie sabía nada a ciencia cierta, pero se resumía más o menos a que el tipo estaba en una playa en España y había amanecido con unas puñaladas, en un hotel, drogas o algo por el estilo. Yo soy bastante incrédulo.

Me interesé por las circunstancias y nadie me las supo dar, ya había pasado un año, el último en enterarse era yo. Dije que no creía la versión de las drogas, sin embargo, por muy asentada que estuviera ya. Hay dos razones, la primera: por una de esas casualidades, en los años de estudiante, cuando éramos más jóvenes y maleables, yo había compartido con él la opinión de que las mezclas farmacéuticas que tomaban algunos estudiantes en las fiestas (que yo recuerde incluían pentobarbital sódico y esedrina compuesta + alcohol) y sus poses de «empastillados» sobre todo, eran no sólo una excentricidad barata, sino una forma burda de ganar reconocimiento de grupo y de llenarse de valor con las mujeres, porque generalmente eran los de peor aceptación. Posiciones como ésa regían entonces nuestras vidas, en una época en que teníamos la absoluta certeza de que nosotros íbamos por el carril de los ganadores. En general Chicho era un tipo sano, muy racional, que ni siquiera terminaba borracho una fiesta. La segunda razón es lo chocante que resulta la idea de que tantos de los que salían del país como renegados, según esas versiones que maduran y se cocinan en la calle, terminaban presos o muertos por drogadictos; siempre me había parecido excesivo el promedio. Por lo demás, si uno no sabía apenas lo que pasaba en La Habana, viviendo en provincia, a doscientos kilómetros ¿cómo siempre se sabía tanto de los que se habían ido?, ¿cómo carajo de un negro muerto a puñaladas en un hotel de la costa española, ciudadano alemán de origen cubano, además? Demasiado pelicolón.

La verdad es que ni siquiera entonces le dediqué mucho tiempo a otras especulaciones que surgieron. Yo casi había olvidado todo el asunto cuando vi a Chicho o a su doble, pero de piel más clara, en el aeropuerto de la Ciudad de México, después de cuatro años de muerto. Entonces ya yo también era un renegado: había tenido el atrevimiento de pensar, o peor, ha(b)lar a contracorriente, a ello debía el hecho de estar ese día sentado en una cafetería del aeropuerto internacional chilango, devorando unas enchiladas y en espera de un amigo para enviar cartas a mi país.

Yo no había olvidado del todo a Chicho, pero tampoco imaginaba que lo volvería a ver. En tiempos posteriores a nuestra circunstancial amistad, perdido el candor y la ductilidad de la primera juventud, alguna que otra vez tuve que volver sobre su idea del equilibrio entre el derecho individual y los intereses de la Patria (¿de qué Patria?, ¿la de quién?)⁴ y con el tiempo y experiencias

⁴ *Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche*, José Martí / *Dos patrias tengo yo, Cuba y la mía*, Roque Dalton / *Tres patrias tengo yo: Cuba, la mía y la que dice el periódico Granma*, Raúl Rivero. Sobre el tema consultar también «Patria, Nación y Estado cubanos en proceso múltiple de semantización», de Ernesto Prieto Rojas, revista *Temas* oct. '94.

cercanas a esa primera, se había hecho más que claro que Chicho tenía toda la razón. ¿Qué derecho de ningún tipo se podía esgrimir para pedirle a un hombre sus cartas íntimas, viniesen de donde viniesen? ¿Qué derecho tenían a hacerte saber de aquella manera descarada que tu vida y tus asuntos eran de su conocimiento, que sabían tus pasos? ¿Por qué tendríamos que acostumbrarnos a vivir con la duda que corrompe, la incertidumbre sobre el otro, la certeza de que alguien escudriña, y de que el vecino y esa rubia de rostro ya familiar que lo visita a cualquier hora no tienen en realidad ningún amor pasional, que probablemente son otra cosa?

Con su rechazo a la intromisión de la Patria en sus asuntos personales, mi amigo me había sugerido una visión alternativa ¡oh, peligro! Y por ello yo estuve seguro casi todo el tiempo de que él mismo no podía ser... un agente. Por mucho que una y otra vez los amigos dijeran quién sabe, todos somos, hubo cosas raras... Estuve seguro por lo menos hasta ese día en que lo vi en el aeropuerto de la Ciudad de México, ya mulato pero él mismo, después de cuatro años de haber sido apuñalado en España. Vuelvo la espalda al escuchar la voz del amigo amigo que entregará mis cartas y en el fondo, detrás de la puerta de cristal de una casa de cambio está Chicho mirándome. No voy a decir lo que sentí al verlo, porque no lo sé exactamente, lo cierto es que mi primera reacción fue la de acercarme a él y la de él alejarse, salir del lugar y comenzar a caminar con pasos apresurados, mirar si lo seguía y aumentar la velocidad ya sin el menor disimulo. No lo seguí todo el tiempo, por supuesto, no tengo espíritu persecutorio, pero desde esa ocasión lo he visto muchas veces, de asiático, de músico, de perro, en los lugares más insospechados.

Hay, como dije casi al principio, muchas posibilidades especulativas en esta historia, pero finalmente lo que podría suceder es que, a pesar mío, matice cada vez más el elemento paranoico y ésa no es la intención, la idea inicial era contar simplemente una historia: la existencia de este ex amigo germanófilo y resucitado, dentro de un contexto existencial también singular. Pude haberla concebido desde la perspectiva de lo absurdo, porque no deja de tener elementos para ello, e incluso desde el cuento fantástico, pero no me queda bien lo fantástico, soy demasiado incrédulo, ya dije. Tanto, que ya ni siquiera escucho o leo con aprehensión palabras como Patria... y he adquirido la costumbre de desembarazarme rápidamente de todo lo que me pueda comprometer, tirar a la basura no ya una simple carta, sino cosas más abstractas; por si acaso, ando *desnudo... como los hijos de la mar*.